

# LA ESTRELLA DE CHILE.

AÑO III.

Santiago, agosto 28 de 1870.

Núm. 152.

## SUMARIO.

La novela i sus escollos.—Revista Bibliográfica.—A orillas del Bio-Bio.—Poc-sias.

### LA NOVELA I SUS ESCOLLOS.

#### I.

La atenta lectura que poco ha hemos tenido ocasion de hacer de las novelitas que se presentaron al certámen abierto por el *Círculo de Colaboradores de La Estrella de Chile* i la imposibilidad en que por la premura del tiempo, se vió el jurado de que tuvimos el honor de formar parte, de fundar su resolucíon, nos suministran la oportunidad i hasta nos ponen, por decirlo así, en el deber de explicar a los autores de esos trabajos literarios el veredicto pronunciado, entrando en consideraciones jenerales que puedan ser útiles para los que se sientan llamados a emprenderlos en lo sucesivo.

Persiguiendo este resultado, prescindiremos de comparaciones que serian forzosamente odiosas i de apreciaciones que no puedan tener alguna importancia en si mismas i abstraccion hecha de todo trabajo especial a que pudiera talvez mas directamente aplicarse.

Los defectos que notemos, las peligrosas tendencias que señalemos, los escollos que indiquemos, tendrán sin duda un orijen concreto, aunque no siempre único; pero en todo caso procuraremos que el estudio de esos defectos sea provechoso para el mayor número, tomando por punto de partida solo aquellos que se presten a la deducion de advertencias i consideraciones útiles para los principiantes. No se busque, por consiguiente, en el curso de este artículo ninguna referencia determinada i precisa a

esta o aquella de las novelitas que hemos tenido el gusto de leer i el honor de juzgar, porque se buscaria en vano.

Nuestro propósito no es otro que desenvolver con la claridad i laconismo que nos sea dable ciertas reflexiones sujetadas por el conjunto de las composiciones presentadas, ofreciéndolas a la consideracion de los jóvenes que principien a ejercitarse en el arte difícil de las composiciones novelescas.

#### II.

Prescindiendo de definiciones i de reglas que es fácil encontrar en cualquier tratado de Literatura i en las cuales casi nunca encuentra el principiante una luz que lo guíe ni una mano que lo levante, entraremos sin rodeos en el terreno de la práctica, notaremos atentamente los escollos en que va a estrellarse el mayor número i consultando la experiencia propia i la experiencia ajena, procuraremos hacer mas cómoda i segura la jornada a los que en lo sucesivo se sientan tentados a emprenderla.

La novela i la poesia son las dos alas con que el hombre atraviesa ordinariamente ese espacio tan lleno de encantos i peligros que media entre los límites de la niñez i de la edad madura. En esa época decisiva de la existencia, el hombre se siente como sofocado por su propia savia, embriagado i casi podria decirse atormetado por el desbordamiento de su vida, por el revuelto oleaje de sus impetuosos arrebatos.

Como el gran río de los ejipticos, el hombre tiene una época en que sale de madre: como ese río todavía, sale de madre para destruir i para fecundizar.

Al adolescente el paso ordinario de la existencia no le basta. La lentitud de la marcha le fastidia; i hélo ahí que corre sin dignarse siquiera echar ántes una mirada sobre el terreno que van a hollar sus piés. Corre, corre; pero la carrera mas rápida es siempre una carrera sujeta a las sinuosas

dades, a los estorbos, a las fatigas i hasta a los lodazales del camino. El adolescente necesita volar; i héle ahí de rodillas, jadeante, levantando los brazos i dirigiendo miradas suplicantes a la Imajinacion de sus veinte abriles, que en forma de musas, de ánjeles, de poemas, de idilios, de versos armoniosos i de encantadoras mujeres, revolotea sobre su cabeza.

Esta súplica rara vez deja de ser oída i rara vez tambien el anciano que al bajar la eminencia de la montaña se atreve a dar una última mirada hácia los alegres paisajes que van a desaparecer en el horizonte, deja de tener razon para esclamar: Tambien yo he tenido alas! tambien yo he hecho una parte de mi jornada como hacen sus jornadas las aves!

Suele decirse que a cierta edad todos somos poetas. Con la misma razon, i aunque no suela decirse, podria decirse que a cierta edad todos somos novelistas.

I, sinembargo, de cien personas capaces de *escribir*, en el sentido material de la palabra, noventa i nueve por lo ménos son incapaces de comprender la armonía del ritmo i de distinguir sin apelar a procedimientos mecánicos la diferencia que existe entre un renglon de once sílabas i un verso de once sílabas. I, sinembargo, todavia, la misma escasez, i aun mayor escasez que de poetas, hai de novelistas.

Lo que suele decirse es, apesar de todo, una verdad evidente. A cierta edad todos somos poetas i novelistas, aunque solo de una manera que en términos filosóficos podria llamarse subjetiva.

¡Librenos Dios de renegar de la prosa! Reconocemos al contrario gustosos con un gran prosador que

*Dans les nobles desseins dont l'âme est occupée  
Les vers sont le clairon, mais la prose est  
(l'épée.*

Pero, aun cuando en prosa se piense, se enseñe, se mande i se ore, en prosa no se canta i este es un grave inconveniente, porque, bien o mal, el canto es una necesidad de la existencia.

Cuando, pues, los afectos llegan a cierto punto misterioso, cuando no es posible expresarlos en toda su energia sino pidiendo a la imajinacion sus flores, a la luz sus rayos mas brillantes, a la armonia sus mas dulces notas, entónces se abandona con

desden el campo trillado de la prosa para subir al cielo de la poesía.

Unos pocos componen buenos versos; muchos, impelidos por el demonio de la poesía, apenas llegan a ser detestables copleros; miéntras que el grueso de la multitud, colocado entre la necesidad de poetizar i la absoluta carencia de medios para hacerlo, se arroja sobre la prosa como sobre una víctima indefensa i la lleva con inaudita crueldad al sacrificio adornada con las flores de la poesía.

Tal es el orijen de la prosa poética, la cosa mas detestable que existe en el mundo de las letras, ya que ni los versos prosaicos alcanzan a serlo tanto.

Observaciones en un todo idénticas pudieran hacerse tocante a la novela. Poquimos son los afortunados que han recibido de Dios i perfeccionado en el estudio, las dotes necesarias para escribir un romance digno de ser leído. Pero ¿quién es aquel que podria decir con verdad: Yo no he experimentado nunca tentaciones de abandonar el mundo real por el mundo ideal? Yo no he sentido agitarse en mi cerebro el plan de una novela?

Si quisiésemos ser sinceros; ¿qué cosas tan curiosas no tendríamos que confesar! ¿Qué de veces, despues de coordinar el plan de algun romance en nuestro concepto infinitamente divertido, no nos hemos puesto a la obra con el íntimo convencimiento de darle feliz término en unos pocos dias, para arrojar la pluma desconsolados e irritados contra nuestra propia impotencia, apenas escritas unas cuantas páginas! Abundancia de deseos i carencia de medios, plenitud de sentimientos e imposibilidad de dar alcance a un arte siempre esquivo, afectos infinitamente delicados, ideas profundas, graciosas, o sublimes, pasiones ardorosas, situaciones nuevas e interesantes i palabras que huyen, frases que lastiman el oído, ropa vieja, en fin, para vestir la pura, la hechicera, la casi divina creacion de nuestros juveniles ensueños!

Hé ahí, pues, cómo todos somos novelistas, apesar de que es dado a tan pocos escribir buenas novelas.

### III.

No vamos a formular una receta por medio de la cual pueda hacerse producir flores i frutas al desierto, ni, para valernos de una espresion bíblica, transformar-

se a las piedras en hijos de Abraham. Pero dejando a Dios el don de hacer milagros ¿por qué no nos sería dable iluminar ciertos malos pasos, remover ciertos tropiezos, indicar con precisión ciertos lazos tendidos al buen juicio por el entusiasmo de la juventud e impedir así el extravío de muchos que desgraciadamente se quedan a medio camino cuando con un poco de precaución i de arte habrían podido llegar a la deseada meta?

En ese camino hai tropiezos que conviene evitar i hai pasos difíciles en los cuales es preciso no caer; mirajes que seducen a los cuales es fuerza volver cautelosamente a la espalda i senderos resbaladizos que llevan sinembargo a la altura i en los cuales es preciso comprometerse con buen ánimo para llegar allá. Mas llanamente hablando, en la novela hai seducciones que evitar i perfecciones que alcanzar.

Empezando por aquéllas conviene que el principiante se ponga en guardia desde el momento en que toma la pluma para borrajear el plan de una novela:

Contra la seducción de las palabras;

Contra la seducción del idilio;

Contra la seducción de las declaraciones de amor;

Contra la seducción del falso americanismo literario.

#### IV.

##### LA SEDUCCION DE LAS PALABRAS.

Contra esta seducción hai una regla que es preciso tener muy presente: Toda palabra que no se escriba para expresar alguna idea o sentimiento, para significar sus gradaciones, sus matices, su fuerza o su verdadero colorido, toda palabra en fin que en el discurso no esté desempeñando algun servicio positivo, cualquiera que sea por otra parte su elegancia, su armonía o su brillo, es una palabra ociosa, i que debe ser irremisiblemente eliminada.

¿Cuan difícil es sinembargo la sobriedad para los que principian i cuan cuesta arriba se hace volver la espalda a ciertas frases i palabras que no dejan de salir al través ofreciendo casi sin trabajo al novel escritor una concha abundante de armonías i de colores!

I no se crea que esta seducción de las palabras no ofrece peligros sino para las inteligencias medianas i para las imagina-

ciones ménos aventajadas. Al contrario, mientras mas poderosas sean las facultades de un jóven, tanto mas fácil será que se estravie buscando en el ruido, en la pompa i en recargo de los colores, triunfos que solo están reservados a la sencillez vigorosa i a la sobriedad esquisita, que caracterizan el estilo a todos los grandes escritores.

Las palabras son de todo punto indispensables para la manifestación del pensamiento, como los vestidos son indispensables para el hombre. Pero así como ni aun las mas ricas vestiduras, por sí solas, pueden llegar jamas a constituir una personalidad humana, así tambien ni aun las mas primorosas palabras podrían dar vida, movimiento e interés a un trabajo literario en que todo el papel de éstas se redujese a encubrir el vacío de las ideas.

Ya en otra ocasión i en este mismo periódico hemos tenido oportunidad de hacer notar los estragos que causa en la poesía americana esa planta parásita que en forma de adjetivos, de repeticiones, de barbarismos i hasta de contrasentidos, afea las mas hermosas páginas de nuestro Parnaso, como el *quintral* afea nuestros mas bellos árboles. No se crea sinembargo que estas escrescencias literarias, llámense rípios, cuñas o muletas, son peculiares a los versos, que, aunque ménos notadas, sus perniciosas influencias, se hacen sentir de una manera lamentable en la prosa.

La facilidad de la prosa es mas aparente que real. Si cualquiera se le atreva son poquisimos los que tienen la fortuna de vencer los obstáculos casi insuperables de su misma abundancia. En verso, lo difícil es jeneralmente encontrar; en prosa, hai dos dificultades, la de encontrar primero, la de escoger después.

Hé ahí que atraviesa vuestra mente una idea: diez palabras la expresan mas o ménos. Deteneos un instante: id poco a poco haciéndolas desfilar por la imaginación i comparando lo que cada una de esas palabras dice con lo que quisiérais decir. Casi siempre el resultado será el mismo: todos los trajes convienen mas o ménos a vuestra dama; ninguno parece haber sido cortado especialmente para ella.

Tal es la gran dificultad de la prosa, i la destreza para vencerla es lo que constituye la gloria de los mas famosos maestros. El arte del prosador está en encontrar siempre

pronto la palabra de su idea; es decir la palabra que la revele sin disfrazarla que la vista sin desfigurarla.

Esta palabra casi siempre es única aun en las lenguas mas ricas. La palabra exacta, armoniosa, gráfica, puesta en su lugar i que constituye la fuerza i la luz del pensamiento, es mucho mas esquivo para el prosador que el consonante para el poeta.

Si, tambien hai rípios en la prosa: hai muchos, muchos, incomparablemente muchísimos mas que en la poesia. Los versos tienen su medida; pero la prosa tiene tambien su número, número que es preciso encontrar, naturalmente, sin esfuerzo, sin afectacion, sin monotonia, sin redundancias ni postizos. Tarea que solo aquellos que han adelantado algunos pasos en la senda del arte de escribir pueden apreciar en su justo valor. Para desempeñarla Buffon se ponía sus mejores encajes, Bossuet pasaba sus noches en vela, Cervantes i Luis de Leon se aprovechaban de la soledad de sus calabozos i mas de un escritor moderno refuerza su cerebro con los vapores del alcohol o con los vapores del café.

Refiriéndose a esta caza, tan fatigosa a veces, de la palabra necesaria escribia Refnier:

*Je crois prendre en galère une rame à la  
(main*

i apostarianos que fué despues de haber dado alcance a alguna de esas obstinadas esquivas cuando el naturalista escribió su sesudo aforismo: *El jenio es la paciencia.*

De las anteriores consideraciones puede deducirse un consejo saludable para los principiantes. En vez de entregarse, un poco al acaso, a la caza de las palabras que deslumbran por su brillo, que cautivan por su armonia o que atraen por su vaguedad, deben desconfiar de las traidoras facilidades de la prosa. La ambicion única del que comienza a escribir debe limitarse a espesar sus ideas con claridad i correccion. Nada de figuras, de amaneramiento; sobriedad en las palabras, sencillez en el estilo, naturalidad en todo.

No creemos engañarnos si afirmamos que el prisajio mas seguro de buen éxito en los que comienzan a escribir, que la revelacion primera i mas inequivoca del

gusto literario es esa sobriedad de la imaginacion i del estilo, en ellos tan rara i tan difícil.

¿Quereis, diremos a los jóvenes, domesticar a la prosa, someterla i convertirla en docil esclava, siempre pronta a ejecutar las órdenes de vuestra voluntad i los caprichos de vuestra imaginacion? ¿Quereis encontrar en ella un espejo fiel que reproduzca con exactitud perfecta las ideas de vuestra mente? Si ese es vuestro deseo, resolveos desde temprano, con viril enerjia, a tomar el único sendero por donde se puede llegar al término de tan nobles aspiraciones. Haced que las palabras se pongan a vuestras órdenes; no consitais jamas en ponerlos a las órdenes de las palabras. Sed sobrios, correctos, sencillos i claros.

¿I despues? Despues...haced lo que os agrade.

## V.

### LA SEDUCCION DEL IDILIO.

Casi siempre sucede que la Novela se presenta a la imaginacion de los principiantes disfrazada de zagala, en la soledad de algun bosque, ora triscando alegre e inocente sobre la verde yerba, ora sentada a la márjen de un cristalino arroyo vestida de blanco, suelto el cabello, coronada de flores silvestres la cabeza, como Ofelia i, como Ofelia tambien, cantando tristemente:

Se fué ¡dolorosa  
Partida! se fué...

No somos enemigos del Idilio i comprendemos mui bien que los jóvenes sientan por este jénero literario una particular aficion.

Como todos los que escribimos en América, hemos comenzado escribiendo versos asi todos los que leemos hemos principiado leyendo Novelas de caballeria o Idilios, bajo cualquiera de sus formas. Volviendo con la imaginacion a los primeros años de nuestra vida, recordamos mui bien que en cierta época no creiamos que se hubiera escrito ni que fuera posible escribir en lo sucesivo una obra comparable a *Amadis de Gaula*, i que cuando cayeron por primera vez en nuestras manos *Pablo i Virginia*, i los *Idilios de Gesner*, nos sentimos como trasportados al Paraiso. ¡Ah! invencible palidin ¡quién que a los quince años haya leído vuestras hazañas i vuestras amorosas aventuras será tan infeliz

de memoria que no las recuerde mientras viva! I vosotras, frescas, puras, encantadoras creaciones del poeta de Zurich i de Bernardino de Saint-Pierre! cuán pálidas aparecís a los que os contemplan a través de ese vidrio frío i opaco de la razón madura!

A pesar de todo, ni el Idilio es la Novela, ni cuantos escriben idilios son Gesneres. No basta ni con mucho una decoracion campestre i una pastora que cante, que lllore, o que exhale suspiros amorosos para impedir que los espectadores se fastidien i ronquen.

Cuando el escritor, previendo el peligro, trata de precaverlo, cae casi fatalmente en uno de estos dos extremos: o en las inverosimilitudes mas groseras o en el jénero descriptivo, que casi siempre mereceria mejor el título de jénero fastidioso.

Como don Quijote en la venta, el principiante que ha llegado a enamorarse del Idilio pierde como por obra de encantamiento, no solo el libre uso de las facultades de su alma, sino hasta la natural viveza de los sentidos de su cuerpo: toma con la mas cómica seriedad a las fregonas por princesas sin que ni la vista, ni el oído, ni el olfato, ni el tacto sean parte a sacarlo de su invencible error.

Hacer que los patanes discurran como pudieran los mas aventajados injenios i transformar en románticas damas a campesinas ignorantes i toscas, es ir al escollo a ciencia cierta.

No siempre lo verdadero es interesante; pero sin verdad no hai interés posible.

Siendo esto así, ya sé comprenderá la dificultad que hai para dar animacion i vida al Idilio, para dar a la Egloga pretensiones de Novela sin caer en las inverosimilitudes mas chocantes. En hora buena que el que se sienta con fuerzas suficientes para dar interes a un relato en que verdaderas campesinas vivan i se muevan en verdaderos campos, emprenda la aventura; pero que la emprenda sin hacerse ilusiones sobre sus dificultades i peligros.

La seducción del Idilio, de que nos estamos ocupando, trae su orijen de un error sobre lo que constituye el interes de las narraciones novelescas. Se cree equivocadamente que solo en la calma i soledad de los campos es posible encontrar paisajes i escenas que piquen la curiosidad i conmuevan el corazón. Lo repetimos, es este un

gravísimo error. Suceda precisamente todo lo contrario. Nada hai ménos dramático que los campos i los campesinos, i nada se presta, por consiguiente, ménos a ser explotado con ventaja por el novelista. Es en el bullicio de las ciudades, en el choque continuo de las pasiones i de los intereses, en la diversidad de situaciones i de caracteres, en el contraste que ofrecen la opulencia de unos i la miseria de otros, la virtud de éstos i la maldad de aquellos, donde está el campo propio, fecundo, inagotable, reservado al novelista de talento. No son por cierto ni las descripciones de brillantes paisajes, ni el monótono lirismo con que se muestra una llama que arde sin obstáculos, al aire libre, que no sabe ni recatarse ni dejarse adivinar, lo que constituye el secreto de las buenas novelas. Este secreto está en el interes de la accion i en la exactitud de las descripciones.

Ya tendremos mas adelante la oportunidad de ocuparnos de estas dos condiciones sin las cuales no hai novela posible. Entre tanto i para terminar este punto repetiremos a los jóvenes: No vayais sino muy tarde en tarde a buscar a los campos el argumento de vuestras novelas, porque ni conocéis con exactitud las costumbres de los que los habitan, ni son éstas las que mas se prestan a la accion rápida i dramática que es lo que constituye el alma del romance.

#### LA PROFUSION DE LAS DECLARACIONES AMOROSAS.

Hé aquí una seducción a que muy pocos principiantes resisten i una pendiente en que sin advertirlo se deslizan aun escritores de cierto talento i experiencia.

Por regla jeneral, lo primero que hace el jóven que comienza a delinear en su imaginacion el plan de una novela, es buscar un galán i una dama, i despues de retratarlos al estilo quiteño, poniendo todo su empeño en el colorido i descuidando completamente la perspectiva, de grado o por fuerza, venga o no venga al caso, les proporciona una entrevista. ¡ojalá fuera solo una, i durara lo que suelen en la vida real los pocos momentos de felicidad que en ella pueden disfrutarse!

En esa entrevista, que se repite a la vuelta de cada esquina, o bajo el ramaje de cada árbol, o a la orilla de cada arroyo, o a cada descuido de los padres, el

escritor agota el diccionario de sus palabras amorosas, busca en su imaginación, en su memoria, en la poesía misma, frases tiernas, ardientes, melancólicas, que arrojar a la hoguera con una prodigalidad apenas comparable a la prodigalidad con que había recargado poco ha de colores subidos i vistosos los retratos de los dos amantes.

Admírese quien quiera: son precisamente esas entrevistas, son esas conversaciones destinadas en la mente del autor a producir un efecto mágico, las que el lector pasa por alto casi siempre.

Sin duda que el amor ha sido hasta aquí i continuará siendo en lo sucesivo la mas inagotable fuente del interes de la poesía, del drama i de la novela; pero yerran grandemente aquellos que se imaginan que el amor profundo, casto i ardiente será tanto mejor gustado i comprendido por el que lee cuanto mas abundantes i decidoras sean las palabras que se arrojen mutuamente a la cara los que se aman.

La pasión en la Novela suele ser lo principal; pero es preciso que el lector en vez de oírle charlar la vea moverse. Es preciso que el que lee, viendo como obran los amantes, esclame involuntariamente: ¡Cómo se aman! no que ellos mismos, bajo la fé de su palabra, se encarguen de repetirlo en cada capítulo.

Es ésta una regla que el novelista no debe olvidar jamas, si quiere evitar que sus damas i sus galanes en vez de inspirar interes hostiguen i empalaguen. ¡Cuidado que nada es susceptible de hostigar mas fácilmente que lo dulce!

No rechazamos en absoluto las conversaciones amorosas; pero debe tenerse presente que ellas exijen en el escritor mas arte de lo que jeneralmente se cree. Apenas es posible imaginar la delicadeza esquisita i la maestria que son necesarias para hacer hablar a dos amantes ese lenguaje, a la vez tímido i osado, de la mas profunda i misteriosa pasión que puede agitar el corazón humano.

En esta materia mas que en ninguna otra es preciso explotar el silencio i desconfiar de las palabras: dar a entender mas bien que decir: dejar que el lector adivine mas bien que ahorrarle ese dulce trabajo.

Pero no es el peligro de caer en lo fastidioso el único que corre el novelista abandonándose sin medida a la seducción

de que nos venimos ocupando; que casi siempre es por esa pendiente por donde se cae en peores precipicios: en el precipicio de lo ridiculo, de lo inmoral, de lo provocativo, de lo indecente i hasta de lo asqueroso.

Agotado el arsenal de las palabras sin producir efecto, se recurre a las miradas, a los suspiros i a demostraciones de cariño de un jénero esencialmente práctico.

¿I qué es lo que de ordinario se obtiene a costa de estos extremos? Lo contrario de lo que se quiere: el fastidio o la repugnancia del lector, i la depresión moral de los amantes. Cada vez que éstos se olvidan de que se hallan en presencia del público, aun cuando se encuentren en medio de un desierto, el público pagará ese olvido con su indiferencia o su desprecio.

No hablamos aquí como moralistas, ni damos consejos sino desde el punto de vista del arte; i sin embargo no tememos afirmar que el primer interes del novelista es respetarse así mismo i hacer que se respeten sus personajes entre sí.

De manera, pues, que resumiendo las observaciones que sobre este punto quieramos hacer, podemos decir:

En la Novela los amantes no deben declararse su amor; deben dar pruebas de que se aman.

Cuando se ponga a uno en presencia de otro, deben hablar como deben personas a quienes la circunstancia de amarse no les exime ni de la obligación de hablar con talento ni de obrar con virtud.

Se prohíbe absolutamente recurrir a las vías de hecho a damas i galanes.

ZOROBABEL RODRIGUEZ.

(Concluirá.)

---

#### REVISTA BIBLIOGRAFICA.

Santiago, agosto 28 de 1870.

Tenemos el gusto de comenzar rectificando nuestra revista de julio. Dijimos, por un error en que no tenemos culpa, que en todo ese mes no habian ingresado en la biblioteca mas que cuatro publicaciones. Han entrado unas veinte mas que, por no

# LA ESTRELLA DE CHILE.

AÑO III.

Santiago, setiembre 4 de 1870.

Núm. 153.

## SUMARIO.

La novela i sus escollos, conclusion.—Una página íntima.—El seminario de San Pe-  
layo.—A orillas del Bio-Bio, continua-  
cion.—Poesías.

### LA NOVELA I SUS ESCOLLOS.

(Conclusion.)

#### VII.

##### EL FALSO AMERICANISMO LITERARIO.

Las constantes recomendaciones hechas a los escritores por nuestros críticos i la natural inclinacion de aquéllos hácia todo lo que pueda dar a sus trabajos un carácter local i un sello de orijinalidad, han hecho nacer i puesto en voga un cierto jénero de novelas i leyendas que mas que americano podriamos denominar indijena-disparatado.

Como en los primeros años de nuestra independencia el odio a los españoles llevó a muchos de los que contra ellos habian combatido hasta calumniar su propia estirpe i sangre, buscando a sus prorenitores entre las selvas de la Araucanía i denominándose con orgullo descendientes de Caupolican, de Colocolo i de Lautaro; así tambien el miedo de parecer imitadores i el anhelo de americanizar induce a muchos principiantes a buscar entre los salvajes el tema de sus novelas o de sus composiciones poéticas.

Los que así proceden incurren casi siempre en dos errores: uno que podriamos llamar de concepto i otro que podriamos llamar de ejecucion.

El error de concepto estriba en suponer que los representantes del americanismo, son los primitivos pobladores del continente i que el medio mas eficaz de americanizar la literatura es barbarizarla.

Es indudable que la historia de la América indijena no es un campo vedado para la imaginacion del novelista i acaso andandole el tiempo algun privilegiado ingenio reciba de Dios la varilla mágica que seria necesaria para remover la espesa capa de olvido que los siglos han formado sobre la primitiva civilizacion americana i sacar de debajo de esa capa, como los escavadores de Herculano i Pompeya, tesoros perdidos i todo un museo de ricas obras de arte.

Pero de que la América indijena no sea un campo vedado para poetas i novelistas, jamas podrá deducirse que sea el campo único en que les sea dable encontrar e color local i la orijinalidad.

Si la literatura de un pueblo para ser orijinal necesita ser la fiel espresion de sus costumbres i sus creencias ¿cómo no se advierte que no es entre las pobres tribus de bárbaros que pueblan todavia algunas comarcas de nuestro continente, como un turbio lago próximo ya a secarse, donde pueden encontrarse tipos del verdadero americano, i donde pueden estudiarse las ideas, las tendencias i los elementos todos de la sociedad en que vivimos, dueña del presente i señora tambien del porvenir?

Nó, si es posible que haya una literatura americana mientras la América progresa i se ilustre, no es posible que haya otra literatura indijena que la que existia en Méjico i el Perú a la llegada de los españoles.

Quando se ha dicho, pues, que es preciso americanizar, no se ha dicho, no ha podido decirse que es preciso barbarizar. Lo que ha querido decirse es que si queremos tener una literatura propia, orijinal i verdaderamente americana, debemos abandonar los senderos trillados de la imitacion i buscar en nuestras costumbres, en nuestras ideas, en nuestras preocupaciones, en nuestros esplendores i en nuestras miserias, en nuestros recuerdos i en nuestras esperanzas, el eterno tema de nuestras ficiones novelescas.

Este error que hemos llamado de concepto, es como el orijen de todos los que suc-

len cometerse en los cuentos o novelas que toman sus personajes de entre los indijenas.

La Novela que se ha dado en llamar *indiana* casi siempre es inverosímil. Sus personajes no tienen de indijena otra cosa que el nombre i sus paisajes son a la realidad lo que un parque a una selva. ¿Cómo podría ser de otra manera adoptado un falso punto de partida? Si no conocemos, ni los sentimientos, ni las costumbres, ni las preocupaciones de los indios; si no tenemos ni siquiera una idea aproximada de la fisonomía de las comarcas que habitan ¿cómo los haremos hablar i moverse? ¿Cómo poner en accion a los hombres i describir a lo vivo la naturaleza, sin cometer a cada paso los mas graves errores, sin experimentar a cada instante dificultades insuperables i nudos que si pueden ser cortados a costa de chocantes inverosimilitudes, no pueden ser nunca desatados?

La Novela *indiana* es la mas difícil que pueda acometerse por los principiantes, porque aparte de requerir de ellos las cualidades jenerales del novelista, exige otras especialísimas i estudios previos que pocos tienen la voluntad i la paciencia de emprender i que nosotros nos guardaríamos bien de aconsejarles emprendiesen.

En resumen, la novela *indiana* es un tesoro que no vale lo que muchos principiantes se imaginan i cuya conquista es mas difícil de lo que jeneralmente se cree. Con relacion a ella el mejor consejo que pudiéramos dar a sus aficionados seria el de dejarla en paz.

Si alguien quisiera sin embargo pagarse de su gusto i emprender la aventura estimulado por sus mismos peligros, en hora buena que la emprenda, pero que sepa que la dama de sus pensamientos, como las de los antiguos paladines, no es de aquéllas que se rinden sin condiciones.

Solo será dado cantar victoria a aquéllos que hayan tenido ántes el heroísmo de estudiar detenidamente la lengua, la historia, las costumbres i tradiciones de la América indijena.

### VIII.

#### EL INTERES DEL ARGUMENTO.

Despues de pasar revista a las seducciones que conviene evitar, digamos algo ahora sobre las perfecciones que es preciso alcanzar.

Hemos dicho que estas condiciones sin las cuales no hai novela posible, son dos: el interes dramático del argumento i la exactitud de las descripciones.

El interes del argumento es el primero. Donde él falta puede haber una historia mas o ménos verídica, un poema mas o ménos digno de este nombre, una disertacion mas o ménos científica, un sermón mas o ménos bien intencionado; pero no podrá haber jamas una verdadera novela.

¿Qué es, se nos preguntará talvez, lo que constituye el interes dramático? ¿Cuál es el medio de obtenerlo? Hé aqui cuestiones cuya dilucidacion exigiria un libro i acaso algunos libros, cuestiones sin embargo que nos atrevemos a tocar mui a la lijera porque estamos persuadidos de que, desde el punto de vista práctico que es aquél en que nos hemos colocado, pueden ser resueltas sobre tabla.

En efecto las mas prolifas investigaciones acerca del orijen i naturaleza del interes dramático, serian apénastan provechosas para aquéllos que no hubiesen recibido del ciclo una rica inventiva i una imaginacion creadora, como lo seria la mas profunda disertacion sobre la música para transformar en aventajados discípulos de Paganini i de Mozart a aquéllos que desgraciadamente hubiesen recibido de la naturaleza orejas insensibles a los encantos de la armonía.

¿Quiere esto decir que sobrè este punto nada puede esperarse del estudio ni nada puede enseñar la experiencia? Léjos de nosotros tal idea. Lo único que afirmamos es que no hai reglas para encontrar un buen argumento de novela, como no hai reglas para hacer bajar de lo alto la inspiracion poética sobre la cabeza de aquéllos que no sientan arder en su alma el fuego sagrado. Pero si el arte es impotente para suministrar lo que podría llamarse la materia prima de la novela, puede i debe ayudar a pulirla i a evitar que la malgasten aquéllos que felizmente la posean.

Cada vez que hemos procurado, al leer alguna hermosa novela, darnos cuenta del misterioso encanto que encadenaba nuestra atencion a sus imaginarios personajes, hemos creído encontrar el secreto de esa atraccion en dos circunstancias que son, por decirlo así, como los dos polos sobre los cuales jira el interes dramático.

Alguien ha dicho que el mas bello es-

pectáculo que puede presenciarse sobre la tierra es el que ofrece el hombre virtuoso luchando contra la adversidad. Este pensamiento es profundamente exacto i en él encontramos precisamente los dos elementos que constituyen el interés dramático,—la virtud, de suyo simpática i amable,—tanto mas amable i simpática cuanto mas desgraciada.

Tal es a nuestro juicio el secreto del interés dramático reducido a su expresión mas simple, a sus elementos constitutivos.

Tómese al acaso cualquiera de las Novelas que gozan de una fama mas universal, tómese cualquiera Cuento aunque sea de éstos que cautivan solo la atención de los niños, despójesele en seguida de todo aquello que constituya su vestido i su ornamentación, exprímase su sustancia, si nos es lícito explicarnos así, i se reconocerán invariablemente los dos elementos que hemos señalado: uno o varios personajes que el autor ha tenido el arte de hacer simpáticos atribuyéndoles cualidades propias para despertar el interés; i obstáculos mas o ménos graves i numerosos arrojados en la vía de sus deseos i esperanzas por lo que los antiguos llamaban el Destino i nosotros la Providencia.

No lo olviden aquéllos que se sientan atraídos hácia el jénero novelesco. Si no pueden darse reglas para encontrar argumentos interesantes, hai una mui sencilla para conocer los que, no ofreciendo ninguna expectativa, deben ser desechados sin misericordia. Donde no haya lucha entre la virtud i la adversidad, entre el espíritu i la materia, entre lo ideal i lo real, entre la inocencia i el crimen, no existe la materia prima de una novela.

Hé ahí el principio. Eacuanto a sus aplicaciones i a las formas que es susceptible de tomar, la crítica es incompetente. Seria pretension tan vana marcar rumbos precisos a la imaginación, al estilo, al jenio peculiar de cada escritor, como seria vana la pretension de marcar rumbos a los vientos i trazar senderos sobre la superficie del Océano. ¡Qué diferencia entre una novela de Jorje Sand i una novela de Carlos Dickens, entre un romance de Cooper i un romance de Fernan Caballero! Diferencias de nacion, de escuela a escuela, de siglo a siglo i de individuo a individuo! I sin embargo en medio de estas diferencias, al través de esta atmósfera siempre variable, que da a

cada novela su color, su fisonomía i su verdadera personalidad, es fácil descubrir algo de permanente e inalterable, como no es difícil, comparando a un negro de Guinea, con un hijo de Francia o de Alemania, descubrir entre ellos los caracteres constitutivos de la raza humana—un cuerpo i una alma, un corazón capaz de amar i de aborrecer i una inteligencia capaz de raciocinar.

El novelista, pues, debe buscar esos dos elementos del drama, esa materia prima de sus artísticos trabajos, donde quiera que le sea posible encontrarla, en los tiempos antiguos o en los tiempos presentes, en los países salvajes o en los países civilizados, en las ciudades o en los campos, entre los pobres o entre los ricos, en los continentes, en los mares, en el mundo visible o en el mundo de los espíritus. Ningun campo está fuera de su dominio: no existe para el santuario inaccesible. La sociedad civil i la sociedad relijiosa, las costumbres, las ideas, las instituciones, todo, todo, cuanto existe debajo de la Luna es un hacinamiento de materiales que solo aguardan el contacto de la varilla mágica del novelista para afectar formas hermosísimas, para brillar con los colores del iris, para tomar, en fin, movimiento i vida.

I no solo es lícito al novelista echar mado de tantos i tan variados materiales, sino que puede decirse de él lo que los árabes dicen de su Sol—que cambia en oro cuanto toca.

Esto a la vez que constituye la importancia del jénero puede dar una idea de la responsabilidad de los que lo profanan. No así no mas el mundo moral i el mundo material abre sus puertas i confia al novelista sus secretos, puesto que al hacer en él este acto inaudito de confianza, echa sobre sus hombros una responsabilidad tremenda. Con facultad de verlo todo, no tiene la facultad de publicarlo todo; con el poder de someter a su análisis cuanto acusa la altura del origen del hombre i la profundidad de su caída, su deber, su gloria, su misión, consiste en transformar como la abeja las sustancias i los jugos de todas las plantas en miel que deposite i en cera que pueda alumbrar a la humanidad en su camino.

Después de lo dicho a nadie causaremos estrañeza afirmando que en los tiempos actuales el jénero novelesco es, no solo el

mas importante de los jéneros literarios, sino aquél que, solo, puede influir sobre la marcha de las sociedades mas eficazmente que todos los otros juntos. Si fuera posible llamar a un avenimiento a los que se sirven de la literatura para pervertir i corromper, les diriamos: Tomad para vuestro servicio el Parnaso i sus Musas, pero dejadnos la Novela!

En 20 años la Novela habria transformado a la sociedad, nada le impediria llevarla tras si, dócil i blanda, como un domador que se hace seguir de un elefante tirándole con una cinta de seda.

Es preciso sin embargo no olvidar que si la novela ejerce sobre la sociedad una influencia incalculable, es solo a titulo de Novela, o mas claramente, que cualquiera que sea el fin que el escritor se proponga, lo esencial para él, lo que no debe sacrificar jamas, aquello sin lo cual sus mejores intenciones quedarian frustradas, es el interes de su relato. Sacrificar éste a cualquiera otra consideracion es abandonar la presa por la sombra.

Esto no quiere decir sin duda que todos los medios son buenos con tal que se obtenga ese interes, sino simplemente que donde éste no exista todas las demas cualidades estarán de mas, i las mejores intenciones serán ineficaces. Por olvidar esta regla hai tantos hombres apreciados que pierden su tiempo i su talento escribiendo lecciones de moral en forma de novelas, lecciones que no tienen sino el inconveniente de no ser leídas por nadie.

El que toma una en sus manos novela, se halla en una disposicion de espíritu que dista mucho de ser la disposicion con que vamos al templo a oír una disertacion moral. En aquélla vamos a buscar ante todo una distraccion, un pasatiempo; en el templo no debemos ni podemos buscar otra cosa que la verdadera doctrina i la enmienda de nuestros vicios. La consecuencia es óbvia: para el moralista lo principal es la verdad i la virtud: para el novelista lo principal es el interes de su relato.

¿Quiere esto decir que el novelista debe desdeñar la moralidad i que el moralista por la inversa no debe preocuparse absolutamente de hacer agradables sus lecciones? Nada de eso. Lo que quiere decir es que ni uno ni otro deben olvidar cual es el fin que se proponen i cual es la condicion indispensable para obtenerlo.

En la práctica estamos viendo todos los dias la confirmacion de esta verdad. Personas mui piadosas que tienen la costumbre de leer asiduamente el *Año cristiano*, la *Vida devota* o la *Imitacion de Cristo*, no pueden leer sin fastidiarse ciertas novelas<sup>5</sup> que pretendiendo ser a la vez novelas i exhortaciones a la virtud ni tienen las gracias de aquéllas ni la solidez de éstas.

No hai, pues, medio alguno de suplir el interes dramático: donde éste no existe no existe tampoco la Novela. Por medio de él el novelista puede obtener el resultado que mejor le plazca: enseñar las ciencias i las artes, hacer amable la virtud, describir la naturaleza, propagar una teoria política o una doctrina filosófica. Sin él no puede nada. Una Novela que carezca de esa condicion es como un orador sin voz: aquélla no tendrá lectores; éste no tendrá oyentes.

¿I qué viene a ser un libro que nadie lee? Exactamente lo mismo que un orador que perore en medio de un desierto.

## IX.

### EXACTITUD EN LAS DESCRIPCIONES.

Aun cuando las descripciones no ejercen sobre la suerte de las novelas una influencia tan decisiva como el interes del argumento, sin embargo, apénas es posible concebir un novelista de mérito sin la facultad de observar con cuidado i de pintar con exactitud.

Pero ántes de hacer sobre este punto las breves observaciones que nos hemos propuesto, no estará demas advertir que cuando hablamos de descripciones nos referimos a todo cuanto abarca el mundo material i moral: a la reproduccion exacta de las escenas de la naturaleza, de las costumbres, de los caracteres i de las pasiones. Puesto que, segun lo hemos observado ya, los dominios de la Novela no reconocen otros limites que los del mundo real i del mundo imaginario, el novelista se puede encontrar a cada paso obligado a referirnos lo que han visto sus ojos o lo que ha inventado su fantasia; i ni en uno ni en otro caso le es lícito *faltar* a la verdad. Nadie puede exigirle que refiera solo lo que haya visto; pero nadie podria tampoco perdonarle que refiera lo que no haya podido ver, ni efectivamente, ni aun dando por aceptados ciertos antecedentes.

Se trata por ejemplo de una *Novela in-*

diana. El novelista no está obligado sin duda a describir los lugares i las costumbres como podría, i debería hacerlo un viajero; sin embargo, es preciso que ponga tal arte en sus invenciones, que el mas escrupuloso viajero al leerlas no pueda jamas esclamar *tutta conciencia*: ¡Esto no ha sucedido! ¿esto no puede ser!

Otro ejemplo. Julio Verne en su conocida novela, *De la tierra a la Luna*, exajera indudablemente la intrepidez yankee hasta donde es posible exajarla. Sin embargo, supuesta esta intrepidez, supuesto sobre todo el carácter especial de los personajes principales de su novela, el lector no se muestra mui escrupuloso para aceptar el resto. Aceptada esta especie de convenio mútuo entre el autor i el público nadie hace alto en las consecuencias. Todo lo que es relativamente posible se admite: que se funda un cañon enorme, que este cañon dispare una bala como una casa, que haya tres individuos que se presten a hacer tan temerario viaje en tan singular vehiculo, etc. Pero el novelista que se permite todas estas licencias tuvo buen cuidado de introducir en el proyectil algunos comestibles i un aparato para renovar el aire; i el novelista hizo mui bien. De otra manera habria pecado gravemente contra el precepto de que nos estamos ocupando.

Si se nos pidiera un consejo para evitar este temible escollo, diriamos a los que nos hiciesen tal honor: No os aventuréis jamas a describir lo que no conocéis perfectamente. De otro modo tendreis por fuerza o que incurrir en groseras inexactitudes, o que hacer moverse vuestros personajes en el vacío. Esto por lo que toca a las descripciones materiales. Por lo que toca a la pintura de los caractéres, no introduzeis jamas a la escena un personaje, cualquiera que sea su importancia, sin haber ántes delineado en vuestra imaginacion su fisonomía moral i aquello que constituye la personalidad de un individuo, ese algo, vicio o virtud, defecto o perfeccion, que en el alma como en el cuerpo de cada hombre es como el distintivo i el sello de suyo. Hecho esto, no hagáis que ese personaje dé un paso ni pronuncie una palabra sin recordar ántes ese sello, para que sus acciones i sus pensamientos guarden con él conformidad perfecta i a fin de que el lector naturalmente i sin esfuerzo lo distinga entre mil, para que se le quede

tan grabado en la memoria que si alguna vez lo encuentra por la calle esclame involuntariamente: ¡Es él!

No es ésta una exajeracion, ni se trata aqui solo de una figura de retórica, que juzgando por nuestra propia experiencia podemos afirmar que esos encuentros son frequentísimos. Hai escritores que tienen tal arte para caracterizar a sus personajes que logran dejarlos como esculpidos en la memoria de los que leen, ni mas ni ménos que si éstos los hubieran conocido i tratado realmente. I lo mas singular es que estos admirables retratos casi siempre son el resultado de unas cuantas pinceladas.

A este respecto ninguna galería mas rica ni mas digna de ser estudiada que la de Carlos Dickens. Si álguien puede negarle el dictado glorioso de primer novelista del siglo, nadie le negará el de primer fisonomista. En este sentido, si tiene iguales no tiene superiores, i cuando decimos que no lo tiene, recordamos mui bien que Inglaterra ha tenido un Shakespeare i que en nuestra propia literatura tenemos un Cervantes.

Inútil seria que procurásemos revelar aqui los procedimientos, en el fondo tan artísticos i en apariencia tan sencillos, que empleaba el insigne novelista ingles para dar una personalidad tan pronunciada, una fisonomía tan única, (perdónenos la Gramática) a sus personajes. No hai otro medio de tomar la manera de los grandes maestros que estudiar sus obras.

Caracterizado un personaje, física i moralmente, puede decirse que se ha sentado un principio i que lo único que resta que hacer es deducir sus consecuencias: puede decirse que se ha hecho un dibujo, dentro del cual todos los matices i colores son aceptables, fuera del cual el toque mas hermoso seria una verdadera aberracion.

Esta es una regla tan importante como poco observada. Raros son los novelistas que se dan una cuenta cabal de los maravillosos efectos que produce en el ánimo del lector un carácter hábilmente pintado e invariablemente sostenido. Si se observa con cuidado se verá que de diez escritores, talvez cinco, no sospechan siquiera la importancia suprema que tiene esa esmerada delineacion de los caractéres.

¿Se trata del galan? El novelista no tardará en decirnos que era un apuesto jóven cuya edad varia entre los 20 i los 30, de ojos negros, de cabellos id, de gallarda

presencia, de esbelto talle, de maneras distinguidas, etc.

¿Se trata de la dama? Cabellera abundante, ojos verdes, azules o negros, poco importa, con tal si, i esto importa mucho, que sean velados por largas i crespas pestañas, cuello de alabastro, *aire* melancólico, abríles 15 a 20, etc., etc.

Resultado: que damas i galanes pasan por delante de los ojos sin dejar en el alma la mas mínima huella, ni mas ni ménos que el abonado a un periódico de modas vé desfilan una larga serie de galanes i de damas a la llegada de cada vapor, olvidando para siempre la fisonomía de unos i otras un instante despues de haber doblado la última hoja.

Para terminar este párrafo como hemos terminado los anteriores, resumiéndolo en pocas palabras, diremos: que el novelista no debe describir nada que no esté en situación de describir con verdad i que no debe llevar a sus lectores a ningun sitio cuyo color local no haya percibido con sus propios ojos: que no debe presentar en la escena a ningun personaje sin haber encontrado ántes en él la cualidad de su corazón, de su inteligencia i aun de su cuerpo, que lo distinga de todos los demas seres de su especie, reales o imaginarios: que esta cualidad debe ser como la clave que explique todas sus palabras, como el resorte que lo provoque e impulse al movimiento i a la acción.

Por último, despues de caracterizado un personaje el novelista debe tener siempre delante de sus ojos aquel adajio vulgar que es sin embargo la expresion de una gran verdad filosófica i literaria: *Jenio i figura hasta la sepultura.*

Santiago agosto 30 de 1870.

ZOROABEL RODRIGUEZ.

## UNA PAJINA INTIMA.

Muchos cambios se han sucedido en mi vida desde entónces. Todo es nuevo en derredor para mí: el pasado es un sueño del que despierto con pena, el presente un jardín destruido en cuyas calles crece maleza inculca i no brota ninguna flor: al porvenir miro con amargura porque sé de-

masiado que los pasados días ya no volverán, i, que, aunque logre una de esas fugaces sonrisas de la fortuna, mi alma ya no las acojerá con la fé sencilla, con la confianza injenua que abraza el hombre ántes de haber sufrido los golpes del dolor.

Si, todo ha cambiado. El niño es hombre; la tierna virgen que adoraba juró a otro su amor en los altares; i el deber, como un muro de bronce, me veda aquel cariño de la infancia que talvez hubiera hecho mi ventura en la tierra.

En el umbral del infierno colocaba el amante de Beatriz estas tremendas palabras:

«Los que aqui entráis, dejad toda esperanza.»

Yo las encontré escritas al penetrar en el mundo de la realidad despues de haber vivido en el risueño paraíso del amor....

Pero volvamos atras: lloremos ese pasado que fué tan bello i remitamos a Dios el porvenir con sus impenetrables arcanos.

Era una mañana de setiembre, la mañana destinada por Beatriz a una cabalgata que prometia a los paseantes, niños los mas, momentos de dulce i franca alegría.

Despuntaba apenas el sol i ya casi todos estábamos listos para marchar. La impaciencia se revelaba en todos los semblantes, especialmente en el de Beatriz que se quejaba con su jenial viveza de la demora de una de sus hermanas mayores, tardía en llegar al sitio de la partida.

Al fin estábamos a caballo i entre la algazara de los qui íbamos i los prudentes consejos de los que quedaban en casa, comenzó alegremente nuestra expedicion.

Nunca he visto mas hermosa a Beatriz; mas tarde la he encontrado en el mundo radiante de belleza, adornada de ricas galas, señalando su paso en el tumulto de los salones por el murmullo de los aplausos que arrancaba a sus amadores; pero nunca cautivó mi alma como aquel dia, con su lindo i sencillo traje de amazona i su lijero sombrero de paja de Italia.

Iba yo a su lado. Cuanto veia la arrebatada: ¿i cómo no seria así cuando ella como yo vivia con las ilusiones del amor primero? La mañana tiene bellezas que solo pueden ser gozadas por las almas puras.